

¹ Una versión menos extensa de este estudio apareció bajo el título "El redescubrimiento de *Martín Fierro* en los EE.UU." en *LOGOS*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de La Universidad de Buenos Aires, Núm. XII, diciembre de 1972, número dedicado exclusivamente a *Martín Fierro*.

² Luis Alberto Sánchez, "¿Nos están 'descubriendo' en Norteamérica?," *Revista Iberoamericana*, Vol. V (mayo de 1942), págs. 263-266.

³ Emir Rodríguez Monegal, "A revolutionary writing," *Mundus Artium*, III, Núm. 3 (nov. de 1970), pág. 11.

⁴ Aníbal Sánchez-Reulet, "La 'poesía gauchesca' como fenómeno literario," *Revista Iberoamericana*, Vol. LII (1961), págs. 283-284.

⁵ Rodolfo González, *I am Joaquín*, Denver, Colorado, 1967, (Ejemplar particular), págs. 3-20.

⁶ José Hernández, *Martín Fierro*, Buenos Aires, 1953 (Editorial Losada), pág. 59. Las demás citas tomadas de *Martín Fierro* remiten a esta edición.

⁷ José Hernández, *Poesía Gauchesca* (Vol. II), Buenos Aires (Fondo de Cultura Económica), 1955, pág. 576.

⁸ *Ibid.*, pág. 633.

EL CASCABEL:

Una experiencia singular de mi buen amigo López Gallardo—1915

Frente a la cueva en que había metido sus riquezas terrenales, tales como son entre los hombres de la sierra, estaba tirado y dormido López Gallardo.

Dormido y cómodo bajo el sol de mediodía, dormido. . .pero ahora con los ojos abiertos.

Entre las piernas serpenteaba el cascabel. Olfateaba el aire y se agitaba más con la masa inerte que impedía su ingreso a la sombra y fresca de la cueva. Los huesillos que lo distinguen de otras culebras sonaban como sonajas tarascas de Michoacán.

Los ojos abiertos de López Gallardo, penetrantes como siempre son en el que vive con peligro, no se movían. El cuerpo quedaba rígido. El aire apenas movía las hojas de la manzanita.

El cascabel empezó a estirarse. La cabeza tocó la bota y su largo cuerpo quedó al lado de la pierna. Como una S grande la cabeza avanzaba hasta la rodilla, seguida por el cuerpo. Se paró otra vez a olfatear, pero ningún movimiento, ningún cambio hubo que notar. El movimiento seguía, cruzando el cinto del cual colgaba siempre una pistola grande y temida. Pero ningún movimiento hizo López Gallardo. Avanzó hasta dar con las dos cartucheras que cruzando en el pecho formaban una X. El sol reflejaba el brillo de los cartuchos, y causó en el cascabel sólo un abrir y cerrar de ojos. Culebreaba adelante, su piel resbaladiza pasando al lado del cuello desnudo de López Gallardo y debajo de su oreja.

Deteniéndose, la serpiente probó el tacto desconocido del enorme sombrero de paja que servía en ese momento de almohada para la cabeza de López Gallardo.

Un instante después, la serpiente se metió entre dos grandes piedras, dejando al Dorado López Gallardo tirado en el suelo, dormido aún, con los ojos abiertos como le dejaron los Federales dos días antes, muerto a balazos.

Gordon C. Thomasson